

EL CREDO.

(La educación en la fe)

Probablemente se siente la necesidad, tanto a nivel de fieles como de pastores, de profundizar en la fe que hemos recibido y de continuar nuestra formación, aunque no sea nuestra fe ni débil ni fría. Este es el hecho que experimentaban también los obispos africanos, cuando se reunieron en el Concilio de Hipona en el 393... Valerio, llevado por la cultura y la fama de “intelectual” de Agustín, le invita, siendo presbítero, a hablar a esa asamblea de obispos que se tiene en Hipona. Anteriormente, en contra de la costumbre que se tenía en África que se reservaba sólo al obispo el oficio de la predicación, Valerio había autorizado a Agustín para predicar en su lugar. Después de Agustín, que en palabras de Posidio “enseñaba y predicaba en privado y en público, en casa y en la iglesia, la palabra de la salvación con toda libertad” (Posidio Vida, 5, 5), se difundió rápidamente esta costumbre. Aunque parezca de poca importancia, lo cierto es que esto supuso un movimiento de reforma eclesial y de formación esmerada y seria del clero en el norte de África. Agustín respondiendo a la invitación habló de la fe y el símbolo, el gran discurso dogmático sobre el símbolo de la fe es la fe y parece que agradó a los presentes de modo que algunos de sus amigos más cercanos le pidieron que lo publicase (cfr. Retractaciones 1, 17). El libro La fe y el símbolo es reelaboración escrita y ampliada del discurso, que tiene toda la pinta de una instrucción catequética. Tal vez nos pueda ayudar también a nosotros.

Agustín, dirigiéndose a los obispos, no se mueve tanto en el plano de la transmisión y profesión del Símbolo, como hará en las catequesis pre-bautismales, que tendremos ocasión de contemplar también ahora, sino que se adentra sobre el plano de la inteligencia de la fe (cfr. La fe y el Símbolo 1, 1; 10, 25). Se dirige expresamente a los espirituales que deben defender la fe, pero lo hace desde su propia reflexión filosófica..., pero la verdad es que Agustín ha sido durante toda su vida eclesiástico un artífice apasionada de la pastoral del Símbolo, que le servirá como estructura de las principales síntesis de la doctrina cristiana (Cfr. El combate cristiano, La doctrina cristiana, El Enquiridión...).

En el discurso a los obispos siguió el Credo romano o apostólico, y dedica a cada uno de los doce artículos un comentario más o menos amplio... Expone los dogmas principales de la fe cristiana, desenmascara las herejías contra la omnipotencia creadora de Dios (maniqueísmo), la naturaleza del Verbo (arrianismo) y la perfecta humanidad de Cristo (apolinarismo). Pone en guardia a fieles para que se adhieran con todo el corazón al contenido de la fe y lo profesen de palabra (cfr. La fe y el Símbolo 1, 1) y lo testimonien con la coherencia de la vida: “Esta es la fe que debe resumirse en pocas palabras y que se entrega a los nuevos cristianos en el Símbolo. Estas pocas palabras son conocidas por los fieles para que, creyendo, se sometan a Dios; sometidos, vivan rectamente; viviendo rectamente, purifiquen su corazón; y purificando su corazón, comprendan lo que creen” (La fe y el Símbolo 10, 25). En los sermones sobre el Símbolo insiste en lo mismo: “El símbolo es, pues, la regla de la fe, compendiada en pocas palabras para instruir la mente sin cargar la memoria; aunque se expresa en pocas palabras, es mucho lo que se adquiere con ella. Se llama símbolo a aquello en que se

reconocen los cristianos; es lo primero que de forma breve voy a proclamar. Después, en la medida en que el Señor se digne concedérmelo, os lo explicaré, pues lo que quiero que aprendáis de memoria, quiero también que lo podáis comprender” (Sermón 213, 2). Al finalizar uno de sus sermones les dice a los fieles: “Acabo de exponer a vuestra caridad, según mi capacidad, todo lo que se transmite en el símbolo. Y recibe el nombre de símbolo porque en él está contenido el acuerdo pactado de nuestra sociedad, y el confesarlo es la señal establecida por la que se reconoce el fiel cristiano” (Sermón 214, 12).

A Agustín se le atribuye el mérito de haber ordenado la catequesis desde el punto de vista de las virtudes teologales, según lo que debemos creer (Símbolo), esperar (Padre nuestro) y amar (decálogo): “He aquí el Símbolo y la Oración dominical. ¿Qué cosa se oye o se lee más breve que ésta? ¿Qué cosa se puede grabar en la memoria más fácilmente?... En estas dos cosas, Oración dominical y Símbolo, puedes ver aquellas tres virtudes: la fe cree, la esperanza y la caridad oran; mas estas dos últimas no pueden existir sin la fe; de donde se sigue que la fe también ora. Esta es la razón de que se haya dicho: *¿Cómo pueden invocar a aquel en quien no han creído*” (Enquiridión 7, 2). Ya a Deogracias, le aconsejaba que invitase a creer, esperar y amar: “Por consiguiente, teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame” (La catequesis de los principiantes 4, 8). Pero esto mismo se lo recomienda a los competentes que ya han progresado en la fe, de hecho al final del sermón 58 les dice: “Por esto el sábado, en la vigilia que hemos de celebrar, si Dios quiere⁸, recitaréis en público no la oración, sino el Símbolo. Si no lo aprendéis ahora, luego no lo vais a oír a diario en la iglesia de boca del pueblo. Una vez que lo hayáis aprendido, repetidlo todos los días para que no se os olvide: cuando os levantáis de la cama, cuando os entregáis al sueño, recitad vuestro Símbolo, recitádselo al Señor, recordáoslo a vosotros mismos, sin avergonzaros de repetirlo. Buena cosa es repetir para no olvidar. No digáis: «Ya lo dije ayer, lo dije hoy, lo digo todos los días, lo sé perfectamente.» Tu Símbolo sea para ti como un espejo, que te recuerde tu fe y en el que puedas mirarte. Mírate en él, ve si crees todas las cosas que confiesas creer y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tus riquezas; sean, por decirlo así, el vestido diario de tu mente. ¿No te vistes, acaso, cuando te levantas de la cama? Viste igualmente tu alma con el recuerdo de tu Símbolo, no sea que el olvido la desnude y, una vez desnuda, se cumpla en ti —Dios no lo quiera— lo que dice el Apóstol: *Aunque despojados, no seamos hallados desnudos*. Nuestra fe será nuestro vestido; será también nuestra túnica y nuestra coraza: túnica contra la vergüenza, coraza contra la adversidad. Cuando hayamos llegado al lugar en que reinaremos, no será necesario recitar el Símbolo. Veremos a Dios; el mismo Dios será para nosotros objeto de contemplación; la contemplación de Dios será la recompensa de nuestra fe” (Sermón 58, 13). A su amigo Lorenzo le escribe: “Todas estas cosas que preguntas las sabrás, sin duda alguna, cuando conozcas con precisión qué se debe creer, esperar y amar” (Enquiridión 1, 4).

La mejor síntesis de las virtudes teologales está en el Credo y en el Padrenuestro, de tal manera que estas virtudes a las que se orienta toda la catequesis, no existen por

separado, pero es necesario explicarlas por la importancia que tienen. El Símbolo es la fórmula de la fe que fundamenta la identidad de la fisionomía religiosa del cristiano, es decir, se convierte para el cristiano en la síntesis de toda la Escritura y culmen de la formación doctrinal. La explicación de la fe está en el Símbolo, la esperanza en las peticiones del Padrenuestro y la caridad en el cumplimiento de los preceptos divinos: “Para permanecer dentro de ese pueblo, para contemplar a Dios y para que podamos vivir con El sin fin, *el fin del precepto es la caridad del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida*. Al numerar las tres propiedades, se coloca la esperanza en lugar de 'la conciencia buena. Por lo tanto, la fe, la esperanza y la caridad conducen a Dios al que ora, es decir, al que cree, espera y desea, y advierte en la oración dominical lo que ha de pedir al Señor” (Epístola 130, 24).

Cuando Agustín explica lo que es el Símbolo, nos introduce de lleno en el sentido y en el contenido: “El símbolo, que contiene, de forma breve, todo lo que creéis para vuestra salvación eterna. Al origen del término «símbolo» está una semejanza; es, pues, un término metafórico. Los mercaderes establecen entre sí un símbolo gracias al cual su agrupación se mantiene unida por un pacto de fidelidad. También vuestra sociedad es un negocio de cosas espirituales, para ser semejantes a los mercaderes que buscan la piedra preciosa. Esta no es otra que la caridad, que será derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os será dado. A ella se llega mediante la fe contenida en este símbolo, creyendo en Dios Padre todopoderoso, invisible, inmortal, rey de los siglos, creador de lo visible e invisible y cuanto la sana razón y la autoridad de las Sagradas Escrituras afirme rectamente de él” (Sermón 212, 1).

Después de enunciar el argumento del que va a tratar en el discurso La fe y el Símbolo, Agustín se detiene en el contenido y el valor del acto de fe, que lleva consigo el acuerdo del corazón, es decir, la adhesión interior a la verdad revelada y de la lengua, es decir, la profesión exterior de la fe con palabras y obras: “Esta fe exige de nuestra parte el acatamiento del corazón y de la lengua. En efecto, así dice el Apóstol: *Es necesario creer de corazón para justificarse y confesar la fe con la boca para salvarse*. Nos es muy conveniente recordar tanto la justificación como la salvación, porque, aun cuando estamos destinados a reinar en la justicia eterna, no podremos preservarnos de la malicia del tiempo presente si no nos esforzamos por nuestra parte en la salvación del prójimo, profesando también con la boca la fe que llevamos en el corazón” (La fe y el Símbolo 1, 1).

Agustín está muy preocupado, y nos lo muestra con mucha frecuencia, por encontrar un fundamento racional de la fe católica, es decir, no se puede contentar con la adhesión a la fe sin tratar de profundizar y buscar entender lo que se cree. En el comienzo de su itinerario literario, en el contra Académicos, nos lo ha dejado plasmado, cuando dice: “tal es mi condición que impacientemente estoy deseando conocer la verdad, no sólo por fe, sino por comprensión de la inteligencia” (Contra Académicos 3, 20, 43), pero esto es una constante en su larga vida, recordemos, por ejemplo, la oración conclusiva del libro La Trinidad: “Fija la mirada de mi atención en esta regla de fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané en demasía” (La Trinidad 15, 28,

51). Esta misma función de conocer y profundizar el contenido de la fe, parece que para Agustín han de tenerla los teólogos y los hombres de espíritu: “La divina misericordia se ha opuesto y se opone a sus tentativas (la de los herejes que ocultan la verdad) por medio de hombres espirituales que merecieron no sólo recibir y creer la fe católica expresada según estas formas, sino también entenderla y conocerla por la revelación de Dios” (La fe y el Símbolo 1, 1).

Lo que hace el Símbolo es traducir al lenguaje cotidiano y sencillo del pueblo el mensaje cristiano, las grandes verdades de la fe, el contenido de la Escritura, la síntesis de lo que se ha de creer, lo que se llama la regla de la fe. Se trata de formas lapidarias del misterio de la fe, pero el Símbolo, conviene recordarlo, no sustituye la fe, sino que reaviva el recuerdo, es decir, a través de la profesión de fe, la escribe en la vida de cada día. Agustín intentó muchas veces, en sus sermones y escritos, explicar el Credo. En el credo encontramos una exposición completa y elemental del misterio cristiano, es decir, lo que es esencial.

En La fe y el símbolo, después de la breve presentación, Agustín explica el primer artículo, lo referente al Padre (2,2-4,7), después la encarnación del Verbo hasta el retorno glorioso (4, 8-8, 15), el Espíritu Santo (9, 16-20), deteniéndose en la Trinidad, los restantes artículos son expuestos de forma más breve, insistiendo en la resurrección de la carne y la defensa del cuerpo humano (10, 21-25).

En cuanto a la doctrina trinitaria y cristológica. En este librito encontramos las primeras reflexiones sobre la trinidad, completadas en el libro Sobre la Trinidad. En uno de los sermones sobre el Símbolo leemos: “En esta Trinidad, ninguna cosa es mayor o menor que otra, no existe ninguna separación en el obrar ni semejanza en la sustancia. Un único Dios Padre, un único Dios Hijo y un único Dios Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son tres dioses, sino un solo Dios, de manera que el Padre no es el Hijo, ni el Hijo el Padre, ni el Espíritu Santo el Padre o el Hijo, sino que el Padre es Padre del Hijo, y el Hijo, hijo del Padre, y el Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo. Cada uno es Dios, y la misma Trinidad es un solo Dios. Que esta fe empape vuestros corazones y dirija vuestra confesión. Cuando escuchéis el símbolo, creedlo para entenderlo, para que, a medida que progresáis, podáis comprender lo que creéis” (Sermón 214, 10).

La acción creadora de Dios es explicada por la omnipotencia divina, que ha creado de la nada todo. Todo lo existente viene de Dios: “Porque de Él y en Él tienen todas las cosas su belleza perfecta e inmutable” (La fe y el Símbolo 2, 2). Pero Dios ha creado todo por medio del Verbo, que es Dios y es nombrado de muchas maneras: “Y puesto que Dios ha creado todas las cosas por medio de la Palabra, y a la Palabra se la llama Verdad, así como también Poder y Sabiduría de Dios y se le aplican muchos otros nombres que descubren que nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos, es nuestro Liberador y Guía, y es el Hijo de Dios, y la Palabra, por la que han sido creadas todas las cosas” (La fe y el Símbolo 2, 3).

Al Hijo le dedica mucho espacio, considerando el aspecto de la naturaleza divina y de la humana, que tiene los mismos atributos que el Padre, resalta la identidad de

sustancia y de naturaleza, la eternidad, la sabiduría, la inmutabilidad. Pone de relieve la importancia de la encarnación del Verbo: “Pero, por cuanto *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*, la misma Sabiduría que ha sido engendrada por Dios se ha dignado ser creada como hombre. Tal es el sentido del texto: *El Señor me ha creado en el principio de sus caminos*” (La fe y el Símbolo 4, 6). El camino de la humildad, puesto de relieve en los sermones de navidad, le sirve aquí para delinear el misterio de la humanidad de Cristo: “Puesto que, como ya dije, esta Sabiduría inmutable de Dios ha asumido nuestra naturaleza mutable a causa del plan salvífico realizado por la Bondad divina en vistas a nuestra salvación y reparación, añadimos a nuestra fe los acontecimientos de salvación que se han cumplido en el tiempo por causa de nosotros. Creemos en el Hijo de Dios, que ha nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; creemos que «es» por el don de Dios, esto es, por el Espíritu Santo, por quien se nos ha concedido tan gran humildad de tan gran Dios, que se ha dignado asumir un hombre completo en el seno de una Virgen, habitar en un cuerpo materno intacto y dejarlo intacto al nacer” (La fe y el Símbolo 4, 8). Sobre el papel de María, nos dice Agustín: “Creyó María, y se cumplió en ella lo que creyó. Creamos también nosotros para que pueda sernos también provechoso lo que se cumplió. Aunque también este nacimiento sea maravilloso, piensa, sin embargo, ¡oh hombre!, qué tomó por ti tu Dios, qué el creador por la creatura: Dios que permanece en Dios, el eterno que vive con el eterno, el Hijo igual al Padre, no desdeñó revestirse de la forma de siervo en beneficio de los siervos, reos y pecadores... Así, pues, por los siervos impíos y pecadores, el Señor se dignó nacer, como siervo y hombre, del Espíritu Santo y de la virgen María” (Sermón 215, 4).

Trata asimismo de los principales dogmas de la fe cristiana y de las doctrinas cristianas, en oposición a las herejías, por ejemplo, con relación a la perpetua virginidad de María, la pone en relación con el sepulcro nuevo en el que fue puesto Jesús: “Cuando creemos en su sepultura, eso nos trae a la memoria el sepulcro nuevo, que daría testimonio de que había resucitado a una vida nueva del mismo modo que había nacido de un seno virginal. Pues así como ningún muerto fue sepultado en aquel monumento ni antes ni después, tampoco ningún mortal fue concebido en aquel seno ni antes ni después” (La fe y el Símbolo 5, 11). Hablando de la relación Padre e Hijo, dice: “Dios, al engendrar su Palabra, engendra lo que El mismo es; y no de la nada ni de ninguna materia ya creada o formada, sino que de El mismo ha engendrado lo que El mismo es” (La fe y el Símbolo 3, 4). El Verbo al asumir la carne no es contaminado: “¡Cuánto menos se podrá manchar la Palabra de Dios, que ni es corpórea ni visible, a causa del cuerpo femenino donde asumió una carne humana con alma y espíritu! La presencia de estos principios vitales no impide a la Majestad del Verbo habitar en lo más íntimo, aislado de la fragilidad del cuerpo humano. De donde es manifiesto que de ningún modo pudo mancharse la Palabra de Dios a causa del cuerpo humano, que no mancha ni a la misma alma humana. Pues el alma es manchada por el cuerpo no cuando lo rige o vivifica, sino cuando es vencida por el deseo de sus bienes mortales” (La fe y el Símbolo 4, 10). Toda la vida de Cristo, desde la encarnación, la muerte y sepultura es una lección de humildad.

Creemos también que resucitó: “Creemos también que resucitó de entre los muertos al tercer día. Primogénito entre los hermanos que le habían de seguir, a los que llamó a la adopción de hijos de Dios y se dignó hacerles copartícipes y coherederos suyos” (La fe y el Símbolo 5, 12), que subió al cielo y está junto a Dios: “Creemos también que está sentado a la derecha del Padre. No es que haya que imaginarse al Padre como

limitado por una forma humana, de tal modo que aparezcan ante nosotros una derecha y una izquierda. Y, por lo mismo, tampoco hay que creer que dobla las rodillas cuando se dice que está sentado” (La fe y el Símbolo 7, 14).

De las reflexiones cristológicas pasa al misterio trinitario, declarando la consustancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo e intenta una explicación psicológica de la Trinidad, que se completa con la reflexión sobre la tercera persona, diciendo que es la misma deidad: “Otros, por su parte, han llegado a creer que el Espíritu Santo es la misma comunión y, por decirlo así, deidad del Padre y del Hijo, a la que los griegos llaman deoteta; y así como el Padre es Dios y el Hijo es Dios, la misma divinidad por la que están unidos, uno engendrando al Hijo y el otro estando unido al Padre, iguala al engendrado con aquel que le engendra; y esta divinidad, que quieren que sea concebida como amor y caridad mutuos, dicen que se llamó Espíritu Santo” (La fe y el Símbolo 9, 19). Y concluye esta parte: “Esta es la fe sobre Dios Creador y Salvador nuestro” (La fe y el Símbolo 9, 20).

En cuanto a los últimos artículos del credo, Agustín habla de cómo el amor de Dios se prolonga en el amor del prójimo. Habla de la Iglesia como la asamblea y la sociedad de los hombres en la que obra la caridad fraterna: “Pero, puesto que no sólo nos ha sido exigido el amor a Dios cuando se ha dicho: *amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*, sino también al prójimo, pues dice: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*; si esta fe no comprende a la reunión y sociedad de los hombres en la que actúa la caridad fraterna, es poco fructífera” (La fe y el Símbolo 9, 21). Parece que a lo que apunta Agustín es a la afirmación de que la fe en Dios se completa con la fe en la Iglesia, misterio de comunión que unifica fe y caridad. A la Iglesia une el perdón de los pecados: “Y, por tanto, la Iglesia perdona con facilidad los pecados del prójimo, porque pide que le perdone sus pecados aquel que nos reconcilió consigo borrando todos los pecados pasados y llamándonos a una nueva vida. Y hasta que no alcancemos esta vida perfecta no podemos estar sin pecados; por esto es interesante saber cuáles son” (La fe y el Símbolo 10, 21). En un sermón nos dice: “Honrad, amad, pregonad también a la Iglesia santa, vuestra madre, como a la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celeste. Ella es la que fructifica en la fe que acabáis de escuchar y crece por todo el mundo: la Iglesia del Dios vivo, la columna y sostén de la verdad, la que tolera en la comunión en los sacramentos a los malos, que serán apartados al fin de los tiempos, y de los que ya se separa ahora por la diversidad de costumbres” (Sermón 214, 11).

En cuanto al mal, que es desorden de la voluntad, Agustín nos dice que en el alma el pecado consiste en apartarse de Dios: “La muerte del alma es apostatar de Dios: éste fue su primer pecado en el paraíso, como está descrito en las Sagradas Escrituras” (La fe y el Símbolo 10, 23). También aquí Agustín insiste en la idea maestra cuando se trata de estos temas, que es el hilo conductor de toda su enseñanza: para entender es necesario creer, ya que el comprender es premio de la fe, una fe que estás impresa en la vida y se traduce en comportamientos virtuosos y nos hace crecer en la comprensión de los misterios cristianos, de hecho Agustín invita a los que quieren bautizarse que aprendan el credo y reciten la plegaria del Señor: “Puesto que ya recibisteis, aprendisteis de memoria y recitasteis en público cómo ha de creerse en Dios, recibid hoy cómo se le ha de invocar. Cuando se leyó el Evangelio, oísteis que fue el Hijo mismo quien enseñó a sus discípulos y a quienes creen en él esta oración” (Sermón 58, 1). Es decir, después de

creer es necesario dirigirse a el que se cree y pedirle según Él mismo nos enseñó: “Habéis recitado ya lo que creéis, escuchad qué habéis de pedir. Según las palabras del Apóstol: *¿Cómo van a invocar a aquel en quien no han creído?*, no podríais invocar a aquel en quien no hubierais creído antes. Por este motivo aprendisteis en primer lugar el Símbolo, en que está la regla de vuestra fe, breve y grande al mismo tiempo: breve, en el número de palabras; grande, por el peso de sus artículos. La oración que hoy habéis recibido, para aprenderla y darla de memoria dentro de ocho días, fue dictada, como escuchasteis en la lectura del Evangelio, por el mismo Señor a sus discípulos y a través de ellos ha llegado hasta nosotros, puesto que su voz se extendió por toda la tierra” (Sermón 59, 1).

Todo está con vistas a vivir cada vez mejor, a dejarse iluminar y dirigir por el mismo Señor que nos dará todo lo que necesitamos e inscribe en el corazón sus enseñanzas: “Quien os llamó a su reino y gloria, os concederá que, regenerados por su gracia, quede inscrito en vuestros corazones por el Espíritu Santo, para que améis lo que creéis y la fe se haga eficaz en vosotros mediante la caridad; de esta manera agradaréis al Señor, dador de todo bien, no temiendo como siervos el castigo, sino amando libremente la justicia” (Sermón 212, 2).